

DESTELLOS CLÁSICOS EN LA LITERATURA NEOHELÉNICA: KAVAFIS Y KAZANTZAKIS

Roberto Quiroz Pizarro

Dedicado a M. M. Jari

“Los griegos, que dieron a la humanidad sus más fantásticos mitos, se han convertido a su vez en seres casi míticos[...] Si sus realizaciones están registradas en el calendario de los años, tienen una segunda existencia que el tiempo ni toca ni mancilla[...] Casi todo lo griego ha sido tan transfigurado por los siglos de rendido culto, que es difícil contemplar a los griegos con ojos despejados o conocerlos tal y como fueron en realidad”

Bowra

Presentación

Es característico de todos nosotros el desarrollar imágenes de nosotros mismos y de nuestra relación con el mundo a nuestro alrededor. Pues la humanidad se distingue de las otras especies vivientes por el hecho de la autoconciencia. Siendo conscientes de que existimos, sabemos que esta conciencia dota de significado a nuestras vidas. Para comprender qué pueda ser este significado, pintamos un autorretrato o tomamos nuestra propia fotografía. En otras palabras, estamos cumpliendo el consejo del *Oráculo délfico* de que debemos conocernos a nosotros mismos. El modo con que nosotros hacemos esto es típicamente humano, pues en pensamiento e imaginación construimos imágenes que sirven como representaciones simbólicas. Es por medio de ellas como tratamos no sólo de creer cómo somos nosotros mismos sino también nuestra especie. Algunas imágenes son monocromáticas, algunas son impresionistas; pero muchas son hechas con la

paleta completa de colores o con el realismo explícito de la fiel cámara fotográfica. Cada imagen es una colección de opiniones o valores que usamos como base para la autovaloración juzgándonos a nosotros mismos. Porque hay muchos estilos y colores para elegir y una multitud de “escogedores”, es que las imágenes varían. Sin embargo, algunas se destacan como particularmente vívidas y han sido repetidas lo suficiente para ser expresiones de una característica escuela o forma de pensamiento. De éstas, las visiones repartidas por el trazado poético que dejaron en su tiempo Kavafis y Kazantzakis, permanecen inalterables en su magnitud de andamios de luz que se elevan hacia la conciencia del hombre.

El arte de escribir historias está en saber sacar, de lo poco que se ha comprendido de la vida, todo lo demás; pero acabada la primera página, se reanuda la vida y el autor se da cuenta de que lo que sabía es muy poco. Se trata de estrujar la experiencia hasta el límite del lenguaje, agregándole lo que la imaginación puede aportar como una paleta de coloraciones más amplia y creadora.

La narración, la novela, el argumento literario que entremezcla contenidos sobre formas de lenguaje que la explicitan y demarcan como obra artística, sufre hoy a veintiocho siglos de Homero, un choque con los equipos periodísticos que atiborran los escaparates con la producción de “best seller” en serie. En un grado creciente; ya no se cuentan historias, han desaparecido los héroes para ser sustituidos por vagas apariencias personales, y en muchos casos, a las narraciones o ficciones adolecen de una “interioridad propia” que respire a través de las palabras. Quizá se podría metaforar este panorama señalando que de la larga descendencia de Homero son pocas las obras que se salvan; pocos los libros que nos impulsan a viajar por el tiempo y, con ello, a olvidarnos un poco de nuestro entorno cotidiano de banalidad. En tal sentido de contrastes, las clásicas *Iliada* y *Odisea* relumbran en las brumosas páginas del perfil actual de las letras.

El más remoto modelo de la narración para Occidente puede estar en la aventura del Odiseo homérico. Lo que todos los novelistas han hecho y seguirán haciendo es acercarse a la inabarcable aventura del hombre. Muy significativamente, James Joyce repitió en un día de Dublín la aventura de Ulises y trajo un cambio profundo en el arte de hacer novelas. La descendencia de Odiseo no se ha extinguido, ni mucho menos la curiosidad del hombre por el hombre. Otros autores han continuado la imaginación desatada por Homero, y entre ellos destacan la poesía y la escritura de otros descendientes que han tenido en cuenta la fuerza imaginativa y la corteza proteica del mundo homérico y helénico en general.

Reflejos clásicos en poetas modernos

Si bien estudiado principalmente en la segunda mitad del siglo XX, el hecho de la intertextualidad está presente en la historia literaria de Europa desde la misma Antigüedad griega. Pero es, sin duda, a finales del siglo XIX y durante el siglo XX cuando puede hallársele como un elemento intensamente presente en la escritura poética en Europa y América. Los poetas griegos modernos no han sido una excepción¹. Y entre ellos, la obra de las dos grandes figuras que han alcanzado mayor difusión universal, presentan rasgos especiales en lo tocante a la intertextualidad. Se trata, obviamente, de Kavafis y Kazantzakis, esencialmente poeta el primero, gran poeta y gran prosista el segundo. Coinciden en que la intertextualidad ofrece en sus obras rasgos peculiares, pero esos rasgos son, también, bien distintos en la creación de cada uno. Naturalmente, aquí nos interesa la remisión a textos griegos antiguos, a elementos de la tradición clásica.

Las perspectivas que entran en actividad cuando Kavafis retoma y poetiza una escena o personaje del pasado homérico adquieren una “interioridad propia”, una resonancia atemporal y, quizá, una realidad paralela en algunos casos puntuales. Algunos comentaristas son de la opinión de que el poeta se ha desviado del tema original, y por tanto, su poética recrea aspectos y paradojas sobre un mismo terreno de historia. También existen autores contemporáneos como Castillo Didier que, con otras pupilas, interpretan otro sentir estético más alejado de una visión cartesiana y repetitiva, cual sería la de apreciar la producción respectiva kavafiana sólo a través de Homero y en función de sus múltiples escenarios literarios. Sin embargo, una cosa es que en su arte Kavafis cuente con una sólida y atenta lectura del aedo, viejo antepasado de Occidente, y otra muy diferente, que simplemente pretenda reflejar ciertos motivos y variaciones de los episodios homéricos. Tal como confiesa Kavafis, en él estallan “ideas poéticas”, imágenes conceptuales, experiencias límite que como fuegos pirotécnicos iluminan otras constelaciones de la existencia humana, que el poeta intenta trasvasijar en una finitud de palabras y no en interminables discursos.

Para Dimitri Dimirulis², la intertextualidad del discurso kavafiano es evidente, inmediata y categórica. Pues, en realidad, la lectura de Kavafis nos

¹ M. Castillo Didier: “Intertextualidad e intratextualidad”, en *Kavafis íntegro*, pp. 155-170.

² D. Dimirulis: “La lectura de Kavafis”, rev. *Jartis*, Nl 5/6, p. 576.

presenta muy abundantes referencias a textos, menciones de nombres, lugares, fechas, acontecimientos, citas de títulos y fragmentos de libros, epitafios, inscripciones, monedas, tradiciones orales, una cantidad de elementos que, en definitiva, se resuelven en interacción entre el texto kavafiano y otros textos.

Las referencias textuales toman muy diversas formas. Hay en el poeta de Alejandría citas en idioma original: griego homérico, clásico, koiné helenística, lengua bizantina arcaizante, neogriego común hasta neogriego dialectal en su caso. Hay referencias sin repetición textual del original, pero en traducción neogriega; citas que a veces se presentan entre comillas y sin ellas en otras ocasiones. Hay referencias aproximadas. Por último, hay alusiones más o menos extensas y más o menos claras a otros textos. La lectura homérica sirve de inspiración directa a diez o más poemas de Kavafis, piezas de gran interés y que sobrecogen por la intensidad y el efecto de reflejo que llevan para iluminar la angustia del hombre contemporáneo.

Al momento mismo de elegir sus personajes o escenarios célebres u olvidados, los preteridos, los actores secundarios, aquellos personajes sobre los cuales quedan unas pocas líneas, el discurso poético de Kavafis está instaurando una “lectura” personal y diferente a la de los historiadores o escritores. Cosa que se vuelve evidente cuando toma una escena o un personaje homérico, como Príamo, Itaca, o al momento de reelaborar el motivo conceptual de la antigua *Odisea*; y a partir de esos materiales preexistentes logra representar conmovedoramente instantes o episodios vitales como nunca antes se habían enfocado, y proyectar nueva humanidad o fraguar aspectos inexpresados de un acontecer. La “originalidad de tal relectura” es lo que sorprende y cautiva en la poética kavafiana y, particularmente, su contenido, su forma escritural, la recepción especial que exige su lectura, la competencia lectora que acompaña a sus retratos poéticos. Así, un personaje cualquiera deja de ser el perfil humano que todos conocen por la historia universal, para metamorfosearse y llegar a ser alguien más corporal, más cercano a nuestros eventuales vientos de vida.

Cada poema procesado por Kavafis puede ser considerado un “inter-texto”, *dia-kímeno*, con respecto a otros textos del propio poeta y a textos de otros autores³. Acaso lo planteado de ese rebuscar poético sobre viejos textos viene a ser otro juego de lectura que ahora toma como libro el propio devenir de los hombres, de los pueblos, de los grandes héroes y de los personajes olvidados y que gracias a la memoria kavafiana vuelven a la vida desde la frontera de la nada: aparecen nombres como Cesarión, Aristóbulo, Demetrio

³ M. Castillo Didier, op. cit., pp. 158-159.

Soter, etc. La historia monumental casi desconoce completamente a estas figuras que, siendo menores en su tiempo, con Kavafis se vuelven cifras y melodías de la vida moderna tan esquivas para revalorar el pasado espiritual de la humanidad. De Cesarión sabemos a través del texto kavafiano, y por la historia hay noticia de que fue hijo de Cleopatra y César, asesinado a los diecisiete años. La historia misma ha dejado escasas líneas sobre tal asunto trágico. El tacto y la perspectiva de Kavafis ha retomado la efímera huella humana de Cesarión y con ello “éste sale del viejo texto y del espacio marginal de la historia y va al centro del arte y al aposento del poeta”. Siguiendo a Castillo Didier, vemos que “se opera, pues, una especie de resurrección: Cesarión ahora vive para todo lector de Kavafis y ya no será olvidado. No sólo ha dejado el mezquino texto que apenas lo mencionaba: ha vuelto a vivir dentro del poema”. Lo que se ejemplifica con Cesarión es una estructura poética que opera igualmente para toda la escritura kavafiana: aquí aparecen figuras del mundo homérico clásico, allá resurgen personalidades de la esfera imperial y bizantina.

El diversificado magma poético kavafiano parece ofrecer numerosos símbolos, imágenes recurrentes, alusiones históricas, mitohistorias en constante urdimbre de épocas y pulsaciones, una escritura que puede hundir y remecer vidas enteras en unos pocos versos. Kavafis, amparado en tierras extranjeras, recreará singulares escenarios griegos para nutrir su nostalgia de fragor espiritual y grandes personalidades.

En consonancia con el tema homérico, Kazantzakis y Kavafis⁴ comparten líneas de refundición, las cuales acercan y superponen la interioridad de los textos originarios con otros modernos. Grosso modo, el tema uliseano inspiró dos grandes poemas en Kavafis. Uno de ellos se titula *Segunda Odisea*, cuyo marco intertextual remite a Dante y Tennyson. El escalpelo literario de Kavafis repasa en cada uno de ellos ciertas imágenes y fragmentos destacados, como por ejemplo el hastío existencial, el ahogo de lo cotidiano, el afán de conocimientos y la catarsis de las experiencias. La *Odisea* puede llevar por subtítulo “La aventura-siempre”. Al peregrinar se modela y fortalece el carácter y se aprende a apreciar aquello que se tuvo a mano, hogar, patria, estabilidad, y que quizá ahora ya no se tiene: lo que alimenta el vientre y lo que nutre el espíritu, el esplendor del convite y el

⁴ Sobre los poemas kavafianos en torno a “motivos homéricos”, pueden verse: Károlos Mitsakis: “Temas homéricos en la poesía de Kavafis”, en *Los ensayos de Boston*, pp. 37-53; D. N. Maronitis: “El Kavafis mitológico y el *Viaje nocturno de Priamo*”, rev. *Jartis*, N° 5/6; y “Los caballos de Aquiles kavafianos”, en *Atrás adelante*, 1986.

canto del rapsoda, lo bello que pide ser mirado y admirado, la alegría del culto que hace que el hombre se sienta amparado y en paz. El viaje llega a su consumación cuando el hombre ha comprendido que lo que exige la dura necesidad es también lo que el corazón anhela, que el mal puede seducir y hay que estar alerta, que el saber mismo nos tiende a menudo sus trampas hacia las que el corazón corre precipitadamente, y que a veces hasta la muerte se torna una tentación difícil de rechazar y hay que ser muy cuerdos para superarla. Quizá otro gran admirador del mundo clásico, Nietzsche, coincidiría con una nueva huida de Odiseo más bien que con un calmo regreso del héroe a su isla. La extranjería, el desarraigo, el vértigo existencial, la desolación de un Ulises peregrino y viajero, que piensa en volver a zarpar de sus límites conocidos, sería bien visto a los ojos cargados de heroísmo y antigüedad de este filósofo. La interpretación nietzscheica enlazaría tanto al Ulises de Kazantzakis como al Ulises kavafiano, que intenta una “segunda odisea”. En Ulises, héroe multifacético, se vería la disposición al cien por cien de un “espíritu libre”: “Nosotros “espíritus libres”, vivimos solitarios aquí y allá sobre la tierra – poca variación admite esto: somos en número escaso-, y es justo que así sea. Corresponde a nuestro orgullo pensar que nuestro estilo es un estilo “raro” y “extraño”, y no nos apiñamos los unos con los otros, acaso no “deseamos” siquiera encontrarnos con otros. Ciertamente: si acaso nos encontramos, como hoy, es para nosotros un día de fiesta. Si empleamos la palabra “felicidad” en el sentido de nuestra filosofía, no queremos designar con ella (como hacen los cansados, los angustiados y los que sufren) en la paz interior o exterior, en la ausencia de dolor, en la inmovilidad, en la imperturbabilidad, en un “sábado de los sábados”, en una situación de equilibrio, en cosa equivalente a un profundo sueño sin ensueños. Nuestro mundo, acaso un mundo peligroso, es todo aquello que es incierto, mudable, capaz de transformación, múltiple; y es ciertamente más peligroso que el mundo simple, siempre igual a sí mismo, calculable, fijo, al cual hasta ahora los filósofos, como herederos de la felicidad del rebaño y del terror del rebaño, rindieron los más altos honores”.

Con Kavafis, Odiseo llena su corazón de alejamientos, anhelos de vaciar su mente y acariciar otros mares. Tal impaciencia de su alma lo hace abandonar su hogar y nuevamente salir rumbo a peregrinajes. El motivo del nuevo viaje y las escaramuzas vitales hacia lo ignoto es un punto fundamental de contacto entre Kavafis y Kazantzakis. Vamos al texto kavafiano : *Segunda Odisea*

*“Odisea segunda y grande
mayor quizás que la primera. Pero ay
sin Homero, sin hexámetros.
Era pequeña su casa paterna,
era pequeña su ciudad paterna,
y toda su Itaca era pequeña.
La ternura de Telémaco, la fe
de Penélope, la ancianidad del padre,
sus antiguos amigos, el amor
del abnegado pueblo,
el feliz reposo del hogar,
penetraron cual rayos de alegría
en el corazón del navegante.
Y cual rayos se apagaron.*

*La sed
del mar se despertó de él.
Odiaba el aire de la tierra firme.
Su sueño turbaban por la noche
los fantasmas de Hesperia.
Lo venció la nostalgia
de los viajes, y de las llegadas
matinales a puertos donde,
con qué alegría, entras por primera vez.
La ternura de Telémaco, la fe
de Penélope, la ancianidad del padre,
sus antiguos amigos, el amor
del abnegado pueblo,
y la paz y el reposo
de la casa lo aburrieron.*

*Y se marchó
Cuando las costas de Itaca
se desvanecían poco a poco frente a él
y navegaba hacia occidente a toda vela,
hacia Iberia, hacia las Columnas de Hércules,
- lejos de todo mar aqueo -,
sintió que revivió, que
arrojó las pesadas ataduras
de cosas conocidas y domésticas.*

*Y su corazón aventurero
se regocijaba fríamente, vacío de amor.*⁵

El segundo poema kavafiano, motivado por el tema homérico, es el que lleva por título *Itaca*. “Vivo en la soleada Itaca; sobresale en ella el monte Nerito cuyos árboles baten los vientos. Alrededor navegan otras islas [...]/. Itaca es la más baja y surge entre el mar hacia el poniente, mientras otras caen hacia el mediodía y el oriente./ A ninguna tierra como ésta puedo mirar con tanta ternura”, es lo que expresa Odiseo. Y ninguno de los artilugios y tentaciones del espíritu que, como Calipso o Circe se le presentaron en destellantes encrucijadas, ninguna de ellas pudo cambiar los pasos de Odiseo, pues sabe que “nada es más grato que la patria y los antepasados para quien habita lejos”. Tales pensamientos fueron su íntima compañía junto a la amurallada Troya, y también en la decena de años que duró su peregrinación oceánica. “Por regresar a ella luchaba contra todo en tierra y mar, contra toda fuerza exterior y contra sí mismo. Itaca es su destino”, y la brújula de su corazón. Itaca se ha erigido como arquetipo de la patria espiritual, símbolo del retorno al origen y búsqueda de los enraizamientos vitales, y con justa razón. Itaca aparece en la mayoría de las rapsodias, excepto tres (E, H, Z). Homero además la designa 82 veces en su soleado nombre. En efecto, la rocosa isla, Itaca, se halla presente a través de toda la peripecia.

En la elaboración del poema, no se encuentra un episodio o un determinado texto reproducido parcialmente o comentado en sentido intertextual. Más bien, la Itaca homérica retoma el carácter de un símbolo que reinspira otro simbolismo. Con Homero, la isla es un sueño hacia el retorno, un ideal de regreso que orienta el peregrinaje del héroe. Sin embargo, el retoque kavafiano exalta el viaje y la aventura misma, extiende a su máximo valor el sentir de la travesía. Esta matización permite conjeturar en Kavafis una semiinversión de la *Odisea* homérica: “porque si bien en la obra kavafiana se profetiza la travesía como un fin en sí misma, y en Homero ella es una serie de padecimientos que dificultan el fin, el retorno, el regreso, de todos modos existe”. Asimismo, el poema *Itaca* se corresponde con otros poemas referidos al tema del destino. Al respecto, la visión del destino humano ha calado muy hondo en los comentaristas: “Cuando la plataforma de la historia falta bajo los pies del héroe, cuando el hilo conductor del gran mecanismo ha caído ya de su mano, el acto de asumir libremente el propio destino, es un acto de valor digno no ya de lo que gana, sino de cuanto ha

⁵ Traducción de M. Castillo Didier, en *Kavafis íntegro*, vol. II.

deseado ganar y pierde para siempre. Quizás para Kavafis, la definitiva victoria sea la capacidad de asumir, en un acto supremo de libertad, el propio destino, aun cuando comprobemos que el ideal perseguido no existe (como en el espléndido poema (*Itaca*) [...])⁶. Odiseo siempre nómada, perenne viajero, buscador de caminos y que hizo del rodar mismo su segunda patria. Su itinerario no terminó con el regreso a Itaca, pues sentía que en sus sienes se fecundaban nuevos azares y caminos de mar. La *Itaca* kavafiana es conmovedora pertenencia de quienes buscan por buscar, pero sin codicia ni estrechez de miras, ya que la búsqueda terrena o ideal entronca con lo más humano que quizá llevamos, venciendo obstáculos y alojando nuevas geografías en el alma. No hay reposo para este Odiseo, aunque esa su isla del porvenir surja de entre sus más enaltecidos pensamientos y anhelos de días sin fin. La repercusión poética de la isla homérica ha sido permanente y de ella se ha señalado que es un “auténtico himno a la vida”. La travesía, la navegación que antes fuera hacia un retorno de lo ya experimentado, adquiere ahora entonces, un viraje de sentido, se vuelve un objetivo buscado en sí mismo. La entrañable isla ya no parece una meta al modo en que lo era para el Odiseo homérico. Itaca deviene un llamado, una invitación, una vocación para un venturoso arte de vivir, un puente que ha de llevarnos a la plenitud vital, al festín de las experiencias sensibles e inteligibles que caen como gotas de luz mientras tomamos rumbo hacia la Itaca ideal. Aun cuando sin mencionarlo, en el poema de Kavafis se respira la presencia de Ulises como un mascarón de proa transformado en arquetipo de la riesgosa y hermosa plenitud del vivir. Así nos exhorta el poema de Kavafis: *Itaca*

*“Cuando salgas en el viaje hacia Itaca
desea que el camino sea largo,
pleno de aventuras, pleno de conocimientos.
A los Lestrigones y a los Cíclopes,
al irritado Poseidón no temas;
tales cosas en tu ruta nunca hallarás,
si elevado se mantiene tu pensamiento, si una selecta
emoción tu espíritu y tu cuerpo embarga.
A los Lestrigones y a los Cíclopes
y al feroz Poseidón no encontrarás,
si dentro de tu alma no los llevas,
si tu alma no los yergue delante de ti.*

⁶ José A. Valente: “Versión de Constantino Kavafis”, en C. P. Kavafis *Treinta poemas*, p. 28.

*Desea que el camino sea largo.
Que sean muchas las mañanas estivales
en que con cuánta dicha, con cuánta alegría
entres a puertos nunca vistos:
detente en mercados fenicios,
y adquiere las bellas mercancías,
ámbares y ébanos, marfiles y corales,
y perfumes voluptuosos de toda clase,
cuanto más abundantes puedas perfumes voluptuosos;
anda a muchas ciudades egipcias
a aprender y aprender de los sabios.
Siempre en tu pensamiento ten a Itaca.
Llegar hasta allí es tu destino.
Pero no apures tu viaje en absoluto.
Mejor que muchos años dure:
y viejo ya ancles en la isla,
rico con cuanto ganaste en el camino,
sin esperar que riquezas te dé Itaca.
Itaca te dio el bello viaje.
Sin ella no hubieras salido al camino.
Otras cosas no tiene ya que darte,
Y si pobre la encuentras, Itaca no te ha engañado.
Sabio así como llegaste a ser, con experiencia tanta,
ya habrás comprendido las Itacas qué es lo que significan”.*⁷

Una vez recorrida una mínima parte del corpus kavafiano, concluiremos que su entretrejimiento literario clásico sugiere una confrontación problemática entre el carácter y la marea inestable de los hombres, entre la naturaleza del universo humano y los oleajes imprevistos del destino.

Ahora, en el caso de otro griego, veremos que Kazantzakis catapultea la errancia del hombre antiguo y moderno tras las huellas del sentido humano y cósmico. En ambos poetas, el alejandrino y el cretense, la complejidad y amplitud de los escenarios homéricos contiene originales fecundidades y motivos de profunda meditación para el desarrollo de sus literaturas.

La amplitud temática y espiritual de la moderna *Odisea* de Kazantzakis abarca mundos y autoimágenes epocales del hombre, reflejos

⁷ Traducción de M. Castillo Didier, en *Kavafis íntegro*, 1991, vol. I.

intertextuales por los que se trasvasijan incluso torrentes de incontables átomos homéricos, y para el autor ha sido todo un desafío de entre columnas de tiempo, el intentar mirar a través de ellas lo que el hombre es y lo que ha sido: proseguir la huella homérica hasta nuestros días. Es Kazantzakis el que inspira la modernización de una *Odisea* pero sin perder de su vista la mirada de aquel Ulises homérico, ese traspasar por un mundo donde se respira la tragedia y sobre la que se ciernen designios y síntomas del alumbramiento de un tiempo que sólo Ulises pudo ver. Y es en Kazantzakis también en donde se puede refundar la vuelta de un Ulises que sostiene la condición humana en el despertar revolucionario y en el reclamo por los derechos del hombre y, sobre todo, por el ensanchamiento de los espacios de libertad, eje gordiano de nuestras viciadas sociedades contemporáneas.

La escenografía odiseica asoma de varias maneras en esta multiperspectiva prevista largamente por Kazantzakis para su obra cumbre, la *Odisea*: personajes que despliegan nuevos rumbos, rememoración de algunas escenas, elementos fronterizos presentes en la sucesión de las rapsodias, recuperación mítica de vitales contradicciones que sobreviven más allá de los milenios que se descuelgan del viejo Homero.

El primer croquis del Ulises nos introduce en una dolidá búsqueda de patria, de esperanza, amor, de alianza con otros, de una continuidad de lo cotidiano negada por la devastación de Troya. Pero después de Homero, encontramos una nueva versión o una segunda fermentación de textos que podrían llamarse una encarnación moderna a partir de Joyce y Kazantzakis, una especie de hálito postagustiniano del drama de la conciencia. Porque el tema de Ulises nos conduce en cualquiera de sus ramificaciones modernistas hacia la conciencia de nuestro tiempo, motivo que ha dado vueltas entre novelistas y poetas inagotablemente.

Kazantzakis con su *Odisea* podría representar algo así como la extrema intertextualidad. Ésta aquí está más allá de su definición por Barthes como “rasgo del enunciado que remite a otro texto” o de la definición de Kristeva como “interacción de textos que se produce en el interior de un solo texto”⁸. En la *Odisea*, no sólo encontramos una serie de personajes homéricos: Odiseo, Penélope, Laertes, Menelao, Helena, Nausícaa, Idomeneo, Anticlea (ésta dentro de un sueño) y el perro Argos (éste en su tumba y al salir de ella). El poema no sólo “alude” o “remite” a la *Odisea* homérica, sino que la continúa a través del personaje principal de ambas obras, la antigua y la moderna. Y no la continúa desde el final, como una especie de segunda parte,

⁸ Sobre el tema puede verse: Roberto Ozven: *El análisis estructural del relato*.

sino que *se inserta dentro del relato homérico*, dejando de lado más de dos rapsodias. Y así, el primer verso del nuevo relato de las peripecias de Ulises, vendría a ser el verso número 478 del canto vigésimo segundo de la *Odisea* homérica. Se ha consumado la terrible muerte de Melantio:

*Cuando a los insolentes jóvenes Ulises hubo muerto
en los vastos patios, colgó el arco ya saciado;
caminó hasta el baño tibio para lavar su cuerpo*⁹.

La estructura de ambos poemas es semejante: episodios diversos, peligros superados durante un largo viaje; muertes sucesivas de todos los compañeros de Odiseo; llegada del viajero solo al destino final: Itaca en un caso, los hielos antárticos en el otro. En el texto homérico de la *Iliada* la figura de Odiseo se recubre del mejor ingenio humano y a él se le debe la ocurrencia del Caballo de Troya. Ahora, en el escenario de la *Odisea* moderna, el personaje es un hombre atormentado con volver a su suelo patrio, el *nostos*, por reencontrar la tibieza del hogar. Tanto el moderno como el antiguo Ulises están traspasados de experiencia humana y en la adversidad de su lejanía llegan a comprender su destino de fugas y añoranzas; porta un estigma de antinomias, siente el deseo de retorno pero también busca la verdad de la existencia humana en sus veinte años de peregrinaje y desventura; se torna un mitoclasta, enterrador de mitos, y por lo mismo a la altura de rivalizar con dioses y criaturas hostiles, a tal punto de rechazar grandes tentaciones, la de sucumbir al nivel animalesco o la de emular el plano de los inmortales. Al contrario, Ulises no pierde su condición humana, la reconstituye.

Los personajes homéricos, aunque todos cambian, no parecen a nuestros ojos perder su identidad. Nos parece en cierto modo natural los cambios operados en Menelao e Idomeneo, que provocan, respectivamente, desprecio e inquina en Odiseo. En el caso de Penélope no nos parece tanto que haya cambiado, cuanto que la desgracia se ha abatido sobre ella. Helena es el personaje que creemos ha cambiado menos o no ha cambiado. Su maravillosa belleza nada ha perdido. Se podría pensar que no fueron veinte años los que estuvo fuera de su hogar, desde que se fue con Paris, ya que ahora, cuando parte nuevamente, acompañando a Odiseo, queda encinta de

⁹ Nikos Kazantzakis: *Obras Selectas IV Odisea*, Introducción, traducción, síntesis y glosario Miguel Castillo Didier, Ed. Planeta, Barcelona, 1975, I, 1-3.

uno de los bárbaros rubios que están invadiendo la isla justamente cuando se produce la revolución que abate el poder de Idomeneo.

La relación de continuidad de la *Odisea* moderna con la antigua se manifiesta también en los recuerdos de hechos, personajes, episodios del texto homérico que encontramos en el nuevo texto. Se recuerda a Troya, se recuerda a Ítaca, se recuerdan hechos anteriores del personaje que reaparecen en el poema moderno, tal como la semblanza de Argos.

Una consecuencia de esta discusión previa es la importancia de ver en el enorme contenido de la *jornada odiseica* de 33.333 versos un tipo de *intertextualidad orgánica*, notablemente desplegada, en donde el entramado se difumina a través de un *continuum* orquestal y argumental de personajes y relatos en montajes sucesivos e inimaginables, casi atómicamente unidos.

Sabido es que la figura homérica de Ulises apasionó al poeta cretense desde temprana edad. La idea de una nueva *Odisea* revoloteaba ya a partir de los años veinte, pero su consumación llevará décadas. Kazantzakis, en su continuación y recreación del personaje, invertirá el mito uliseano, y al igual que otros poetas hace partir al nuevo héroe tras su cansado retorno. Hay cierta opinión que apunta a poner en duda que los otros *Odiseos* sean en lo fundamental homéricos, incluido el de Kazantzakis, aun cuando tales emulaciones reconstruyan ese profundo espíritu odiseico de búsqueda desbordada. El Ulises de Homero padece en los roqueríos del desarraigo, en los infortunios que lo azotan, pero finalmente regresa. El héroe de Kazantzakis abandona Itaca para no retornar sobre sus pasos perdidos. Un sentido estructural de asimetría separa a estas obras en una línea divergente. “[...] desde el ciclo homérico hasta el que nos preocupa, existe un abismo. Kazantzakis no sólo es un nuevo Homero. Es también un anti-Homero y un hiper-Homero. Descubrió un modo de existencia de Ulises más integral, más secreto, más verosímil que aquel que nosotros ya conocíamos; encontró vetas más profundas allí donde no había llegado nuestra mirada”¹⁰. Otro calificativo de la *Odisea* de Kazantzakis es apreciarla como “un himno a la grandeza del hombre, a la frágil grandeza del hombre [...]. El Ulises de Kazantzakis se mueve (al menos al comienzo) en los tiempos de Homero, pero siente, soporta y actúa en el tiempo del autor”¹¹. La obra de Kazantzakis, por su descomunal e hiperbólica amplitud, puede ser vista como la epopeya del hombre contemporáneo, hombre que arrastra los vientos entrecruzados de su historia. “La *Odisea* trata de contener, de atisbar, todos los caminos, todos los

¹⁰ José Laso de la Vega: “En torno a Kazantzakis”, en *De Sófocles a Brecht*, p. 51.

¹¹ Alain Decaux: “Préface à l’*Odysée*”, trad. de Jacqueline Moatti, p. 10.

resquicios, a los que el ser humano puede dirigir la mirada de su espíritu para asignar un sentido a la existencia. Lo anterior explica la extensión desmesurada del poema; la acumulación de sueños, mitos, leyendas, costumbres, creencias, ritos, de diversos pueblos y épocas”¹². El rapsoda cretense ha plasmado su mayor grito en la *Odisea*: “existe algo nietzscheano en este grito: levantaos sobre vuestra pequeña e insignificante vida y pensad en algo más grande. Ese grito promete lo heroico. Pero no promete nada más. No promete alguna gran visión dántica del universo, alguna magna síntesis hegeliana, en la cual todas las contradicciones visibles del mundo se concilien”¹³. “Con acento épico y majestuosa imaginación Kazantzakis ha intentado completar la *Odisea* de Homero [...]. En ese Odiseo se agitan todos los problemas del hombre ante la verdad. En este sentido es homérico, y por ello Odiseo es siempre actual, como imagen del hombre que explora todo. Pero no es homérico en cuanto que el Odiseo de Homero, tenía ya claridad sobre su destino y por ello anhelaba el regreso a Itaca”. El peregrinaje de Kazantzakis con su Odiseo, en cambio nunca encontrará la paz, y acaso no le sirva.

El genio homérico, “siglo tras siglo, se renueva, sobre todo con la figura de Odiseo. Sófocles, Eurípides, Séneca, Virgilio, Ovidio, Calderón, Góngora, Goethe, Tennyson, Joyce, Maragall, Unamuno, Kazantzakis, Seferis”, otros más y Kavafis entre líneas, han retenido innumerables fragmentos imaginarios de aquellas peripecias únicas y de la personalidad bullente que con el correr de las centurias sigue comunicándose con cada lector y poeta.

En distintas épocas y en distintos autores el círculo uliseano adquiere diversas magnitudes: con Homero, la travesía de Ulises soporta inusitadas tentaciones, tras las cuales el héroe cumple su retorno al seno patrio y familiar. Surgen los intervalos y los periplos del itinerario humano que han de llevar la semilla del hombre a su plenitud. Plinio popularizó el relato de una nueva salida desde Itaca. Petronio hizo uso del legendario viaje como fuente de experiencia y conocimiento. Así habla el poeta al héroe:

*“Deja tus moradas y costas extranjeras busca,
¡oh joven! Nace para ti una serie mayor de acontecimientos.
No sucumbas al mal: te ha de renovar el Danubio extremo,*

¹² M. Castillo Didier: “El tiempo, la muerte y la palabra en la *Odisea* de Kazantzakis”, *Byzantion Nea Hellás*, No. 3-4, p. 229.

¹³ CollinWilson: “La grandeza de Kazantzakis”, *Nea Hestía*, nov. 1971, p. 18.

*el bóreas gélido, los tranquilos reinos del Egipto
que ven al sol levantarse y descender.”*

Coincidentemente con Homero, Du Bellay ensalzó tal motivo:

*“Dichoso el que, como Ulises, hizo un bello viaje,
y después regresó lleno de experiencia y sabiduría
a vivir entre los suyos el resto de su edad.”*

Una segunda travesía del héroe homérico es la que retoma Dante en su *Divina Comedia* y el mismo Odiseo es quien confiesa: “ni las dulzuras de mi hijo, ni la piedad debida a un padre anciano, ni el mutuo amor que debía hacer dichosa a Penélope, pudieron vencer el ardiente deseo que yo tenía de conocer el mundo, los vicios y las virtudes de los hombres; sino que me lancé por el abierto mar sólo con un navío y con los pocos compañeros que nunca me acompañaron...”

Establecidas todas estas marcas en el camino, queda dar una mirada conjunta entre la *Odisea* homérica y la *Odisea* moderna, para apreciar ciertos fragmentos que inciden directamente con su movimiento en los entroncamientos mediante la tejedura de textos, más que referenciales, cuya intertextualidad expresa una reciprocidad de interioridades.

Algunos pasajes de la *Odisea* de Kazantzakis de clara referencia intertextual al poema homérico:

1.- Después de haber estado a punto de ser convertido en inmortal por Calipso, Odiseo comienza a recobrar la memoria, recuerda a su isla su familia y sus hombres; es decir su mundo homérico¹⁴:

“[...]Vinieron en multitud los viejos compañeros con sus brazos tostados; vino también el mar y me golpeó y vaciló mi entendimiento, y de dónde partieron recordé y dónde ellos anhelan que yo vaya. ¡Ay! Era yo también un hombre ardiente y mi corazón bailaba y poseía patria, un hijo y una esposa y un navío veloz [...]”

¹⁴ N. Kazantzakis: *Odisea*, rapsodia II, 147-151.

2.- Ya en plena peregrinación en África, Odiseo recuerda la toma de Troya y la muerte de Príamo¹⁵:

“Y el cumbbrero de la tierra, el-azotado-por-demonios se alegra con suavidad:
“En algún lugar, recuerdo, descendía por una orilla azul
y aún se arrastraban detrás las humaredas de una ciudad recién saqueada,
y vino a posarse en mi hombro un zopilote hambriento
con su pico ensangrentado todavía con las entrañas del rey[...].”

3.- Próximo a su muerte a su en los hielos antárticos, vuelve Ulises a recordar la caída de Troya¹⁶:

“Ya al mediodía derrumbáronse las puertas del palacio,
hace ya miles de años, en las playas sangrientas de Troya,
también estalló la matanza entre los patios y empezó el treno en las terrazas.

Apenas llega Odiseo a su isla, no fueron los humanos los primeros en presentir su espíritu. Tal hazaña de afecto le correspondió a su desprotegido compañero Argos, el veloz perro de la casa. El lebel reconoció al amo a pesar de los andrajos de mendigo que lo cubrían. Su viejo guardián alzó la cabeza, enderezó las orejas y flameó su cola como una vela de altamar. El relato homérico acaba la escena diciendo que “la moira de la muerte lo envolvió, cuando al fin vio a Odiseo, después de veinte años”. El retrato del que fuera un hermoso y diestro perro adquiere con la llegada de Odiseo un contraste mayor: arrojado sobre los estiércoles es capaz de mantener su fidelidad, abandonado por todos los de la mansión sabe conservar su libertad, pues ha preferido la soledumbre al servilismo de los de la casa. En su noble silencio, olvidó su rauda carrera, rehuyó merodear entre las mesas de los afuerinos, esquivó la compañía humana y quiso rumiar las lejanías de su amo. Argos se dejó abandonar, le bastaba el recuerdo de su héroe, porque en su memoria sólo Odiseo era su mejor protector y amigo. Odiseo lloró y salobre fue su postrera lágrima por no verterla en el canoso torso del noble lebel. La imagen de Argos, el legendario can de los años mozos de Ulises, quedó esculpida en la memoria, y nuevos aedos cantarán su figura de pesadumbre y fidelidad.

¹⁵ Ibídem, XVIII, 101-105.

¹⁶ Ibídem, XXIII, 334-336.

4. - El perro Argos aparece en la nueva *Odisea*, ya muerto hace miles de años, y tiene una breve pero bella y emocionante presencia, en dos pasajes de la rapsodia XXIV. Pero además de recordarlo y llamarlo Odiseo a punto ya de morir, se acuerda de él en otro pasaje, en la rapsodia XXI, versos 173-189, y, curiosamente lo hace a propósito de una comparación del mar con un perro travieso:

“Y mientras avanzaba, el aire se iba refrescando y haciéndose salobre,
y las olas estallaban cual puñados de carcajadas y voces,
y el gran novio del mar apresuró su paso.
Y a poco, he allí pescadores que remendaban sus redes al sol:
“¡Buena pesca, muchachos!” , grita en voz tonante el barquero;
pero el gran viento sus palabras recogió y las dispersó en las aguas.
Ahora se oyó rugir la ola, restallar y jugar
como el perro amarrado que al amo reconoció y que gruñe;
y el opulento noble de la mar lo saluda con afecto:
“Enbuenahora ante mi casa te encuentro, mi perro viejo y fiel;
¡ola mía, no me has olvidado todavía y con ternura me ladras!”
Salta y agachado lo acaricia, toca la blanca mota;
se acordó de otro fiel animal, hace ya miles de años,
cuando agitaba el rabillo en su patio mancillado,
y se lanzó a darle bienvenida, despreciando a los pretendientes enemigos.
“¡Argos!” , llamó ahora en su pensamiento, y el perro brotó
lleno de lodo desde la tumba moviendo su lomo”.

Los pasajes en que aparece Argos cuando Odiseo está ya en las últimas horas de su vida son, como anotábamos, muy hermosos y emocionantes. Éste es el primero de ellos¹⁷:

“Llegaban a la orilla, refrescábanse, los lejanos-invitados,
se unían con la espuma y navegaban, volaban con los petreles,
y cuando la gran ribera se quedó vacía, un pobre perro en-los-huesos
se estremeció con ansia, husmeando el aire.
De muy lejos partió, desde las costas de la fresca patria.
En el hoyo en que por años se pudría su osamenta vieja,
oye la llamada del amo y el gran requerimiento;
y salta moviendo el rabo y parte a lo largo de los aires.

¹⁷ *Ibidem*, XXIV 740-771.

Roberto Quiroz, Destellos Clásicos en la Literatura Neohelénica

Aún sangre tenía el cuello tibio de cuando las uñas del señor
lo agarraron sin piedad en uno de los patios, para que de gozo no ladrara
y no sepan los soberbios pretendientes que llegó el dueño de casa.
Bien distinguieron sus ojos legañosos a Odiseo,
y se le arrastró, gimiendo, con queja inexpresable,
y temblando se entremetió en sus pies y los talones le lamía;
pero el terrible cazador se bebió los sollozos en secreto,
asíó ese cuello sucio que seguía aullando,
y nuestro fiel lebrel muerto se derrumbó,
y aún el triste rabo se estremecía por la dicha.
Coral volviéronse los rasguños, orgullo del santo cuello,
y en el medio una perla, la lágrima del amo;
lanza las piedras de la tumba, ladra sorprendido,
sus húmedas narices huelen el viento y tiemblan.
En lo profundo del Hades oyó un silbido, y huellas amadas
llenaron la tierra y el aire y agitaron el mar;
y de nuevo fue un penacho su magra cola, le volvieron unos dientes albos
y se lanza hacia el mar: “¡Qué alegría! En la gran necesidad
ni al viejo padre llamó ni invocó a su gran hijo;
¡de toda su isla patria sólo a mí me eligió y me recoge!
O mi amo se casa o lucha-con-la-muerte;
vamos, comer y festejar, si hay mesas preparadas,
y si se trata de agonía, mis patas extender
¡y como un grueso cojín tenderme a las plantas del amo!”
Y el viejo perro, tiritando sobre sus patas roídas,
olió la brisa por todo el contorno y se lanzó hacia el sur.”

Un poco más adelante, asistimos al último encuentro del perro con su amo. Odiseo no alcanza a corresponder a la caricia del animalito, igual como no pudo hacerlo allá, miles de años antes, al llegar a su casa en apariencia de mendigo¹⁸

“Roncos gritos de guerra siente en su espíritu alterado,
ondean banderolas en llamas, estallan frescas risas
y manos buscan sus manos al sol y las estrechan.
Y lame sus pies el perro, las plantas se le entibian,
y el hálito tibio de la tierra coge su corazón;

¹⁸ *Ibidem*, XXIV, 1291-1297.

mas cuando extendía la mano inerte para acariciar al animal, se remeció la fragata-de-hielo y se inclinó en la espuma.”

A menudo se acotan en torno a Ulises sus aires de desarraigo existencial, su sed implacable de aventuras y un nihilismo libertario a escala mayúscula: familia, isla, patria, territorios amados. Al lado de ello hay que considerar que este aventurero lleva 20 años auestas sobre la memoria de su espíritu. La mitad entre muros y humo de guerra y el resto con un pensamiento vital de retorno. Aquí cobran significación aquellas palabras de que “el porvenir pertenecerá a quienes tengan la memoria más larga”. No en vano han pasado dos décadas y un nuevo desafío se le presenta al eterno Ulises: curarse de la nostalgia y avanzar veinte siglos para sentirse un modernista, o retomar un puente hacia sus realidades íntimas. Sobre nuestra marcha de siglos se desarrolla una lucha de Ulises antagónicos: el uno errabundo y el otro apátrida; ser moderno, en efecto, es ser desarraigado o, por lo menos, vivir como tal. Sin embargo, con ello presentimos una intemperie vital, queda una nostalgia comprimida, crónica. Para no sentirnos ingrátidos de historia, contamos con el Ulises del retorno, que lleva consigo la “nostoterapia” como salud del alma y posible identidad de lo que hemos sido. Pero estamos siempre jalonados por ser de otras maneras o vernos con otros ojos, y para ello, nada mejor se ha inventado que la odisea y el deseo de aventura.

5.- En las profundidades de África. En un momento de meditación, Odiseo tiene la visión de la isla de Itaca que en la antigüedad anhelo tanto tiempo y que ahora a dejado para siempre. Allí están Penélope, Telémaco, Nausícaa, su esposa, y su primer hijo¹⁹:

Su isla celeste como nube pasaba sobre él;
estaba amaneciendo; el astro del alba se diluía al sol.
A lo lejos divisa a su hijo que va subiendo a cazar:
Sus perros blancos husmearon una liebre y el joven se detuvo;
¡ay, cómo perfuma la yerbabuena en las sierras, como susurra el lecho
y cómo se despiertan las perdices-de-las-piedras y el mundo cómo trina!
Y sobre un mirador una mujer tres-veces-noble;
No contempla la mar más allá, las colinas escudriña;
Y se acerca su vieja nodriza y están llenas de higos negros frescos

¹⁹ Ibídem, X, 333-348.

Envueltos en hojas de parra sus dos manos;
Se vuelve la reina y gozosa elige el más hermoso:
“Nodriz, bueno está este año, y se endulzaran
mis labios con los higos y mi seno con un nieto.”
Dijo, y gozó el albísimo cuello el fruto de miel.
Ríe, y se *embruma* la isla pequeña como un nimbo al viento,
En hebras y hebras cae y se pierde en la mente del arquero”.

6.- Helena, personaje importante en la nueva *Odisea* recuerda su antigua vida. En un pasaje de la rapsodia VII, vuelve a sus ojos la terrible lucha de Troya²⁰:

“Suspiró Helena, herida por la belleza del mundo;
por el ventanal abierto el fresco relente de la noche penetraba;
al frente, dormía la colina, velada en la luna menguante;
y entre los olivos repartía el búho gota a gota su lamento.
A tal hora, levantábanse los muertos, amarraban sus huesos
con cueros y cuerdas apretadas para que no se dispersen en el aire.
Dulce anochecer, y tenue la luna; sopla fresco el sereno;
y comienza de nuevo la lucha feroz en las riberas de Troya.
Sombras, los jóvenes se precipitan a devorar las otras sombras”.

En otro pasaje, mientras siente en su seno al hijo que espera, recuerda a Paris a los que por ella murieron en Troya²¹:

“Tristemente, como ave cautiva, cantaba la esclava y, velada cual un sueño,
se volvió a alzar la antigua vida en las entrañas de Helena.
Recordó vagamente a su consorte y al hermosísimo Paris
y a todos los jóvenes que por ella se mataron en extranjera tierra,
y ni alegría ni tristeza rozó su blanco seno:
Sentía en su interior al hijo y, fructuosa, maduraba al sol”.

7.- Odiseo, después de su aventura con Helena y de haberla dejado en Creta, emparejada con un rubio bárbaro, la evoca allá en Egipto, donde participa en una revolución. El tono de la evocación alude a su perfecta belleza²²:

²⁰ *Ibidem*, VII, 306-316.

²¹ *Ibidem*, 943-948.

²² *Ibidem*, IX, 295-302.

“Existía no existía una vez, como un cuento desvanécese y se va,
¡bendita sea su hora!, muy famosa señora, de ceja-arqueada-y-junta;
unos le decían albísimo Cisne y otros Helena la llamaban.
Su boca una flor de granado, miel embriagante su voz;
y un velado atardecer en que los dos nos tendimos en el pasto
y la brisa sopló, un noto cálido, se alzaron en su pensamiento
los continentes lejanos, los datileros y esas fragancias.
Aleteó su pecho, se humedecieron sus ojos”.

8.- En Esparta, Odiseo conversa con Helena, quien va a partir con él, abandonando otra vez a Menelao. Entonces Odiseo alude a la leyenda de que Helena no estuvo en Troya, sino en Egipto, y que los griegos combatieron por rescatar un fantasma. Helena escucha su propia leyenda²³:

“Y cuando quedaron solos los dos en el androceo,
centelleó la mente de-muchas-cumbres del rudo raptor de mujeres:
*Dicen que en vano diez años combatimos nosotros
para librar, Helena, de la vergüenza tu cuerpo divino,
¡y tú, intocada, permanecías en tanto sentada sobre una fresca nube
y sólo arrojabas tu sombra sobre nuestros campamentos!*

Callaba Helena, escuchando contenta en medio de la noche
su leyenda enrollarse en el huso de la fantasía.
No era una sombra la que se tendió en los lechos muelles,
no era una sombra la que gemía bajo el abrazo estrecho;
mas callaba, pues le gustaba escuchar a los varones
con sus palabras que-coge-el-viento traer y llevar su nombre”.

A modo de conclusión

Grecia, esparcida en latitudes orientales y mediterráneas, milenarios hogares en tierras de Asia Menor y Tracia; eternamente perfumada de mitologías y lugares encantados, proezas, trágicos héroes, herida de guerras, sufrida de invasiones bárbaras y modernas; Grecia, patria golpeada de revoluciones y amenazas, y a pesar de los tormentos, mantiene un espíritu libertario y una matriz de perenne cultura. Grecia, primera patria de

²³ *Ibíd.*, IV, 1091-1102.

Roberto Quiroz, Destellos Clásicos en la Literatura Neohelénica

navegantes y aventureros, primicia de mortales y de dioses que con Homero alcanzan estatura y brillantez de siglos.

El alma para vivir, vibrar y soñar necesita eco y transparencia y un signo de nuestros tiempos es la opaca simpatía de que gozan los dioses en la literatura. Estamos lejos de Homero, quizá más lejos que nunca, pero de tarde en tarde los oleajes de la poesía descubren a hombres peculiares que rompen el cautiverio del tiempo y miran hacia horizontes imperecederos como el griego homérico. Kavafis y Kazantzakis son de aquella estirpe de espíritus visionarios que hurgan en los cofres del hombre y retratan en palabras sus propios caminos en donde recuperan su esencia de otros tiempos. A más de 2500 años de Homero, somos como entes hormiguinales que rozan mecánicamente sus antenas y siguen de largo. Como ellos, ahora sólo manifestamos la presencia física, que es un hecho lapidario, irrenunciable, determinado por el existir de cada momento, pero no expresamos una vibración espiritual que nos lleve a convivir gratamente, y la más de las veces, somos los unos para los otros una presencia molesta, la más de las veces piedras del camino en espera de algún sueño homérico. La vegetalización del espíritu induce al hastío, a un deambular circunstancial y sin pórticos de poesía. El hombre robotiza sus actos y deja en blanco su mente, pues la buena literatura le hace pensar, padecer su existencia. Estos hombres hacen de sus vidas una sucesión anodina de gestos sin alma que sólo les permiten consumir, devorar el tiempo, pero no vivir, en ocasiones manipular, pero nunca crear.

Homero, uno de los profetas de Kazantzakis y uno de los escenarios vitales que llevan a Kavafis a meditar sobre la humanidad, ha sido un inapagable faro de luz que hizo salir de las sombras al alma griega. Alguien puede ver en esto una actitud poco científica al considerar relatos injertados de retazos míticos y cuadros humanos, pero la realidad anímica escapa al mesón de la experimentación puramente lineal, tangible, conceptual. Homero ensancha fronteras y abre desafíos. Muchas veces son las situaciones límites de la vida, las crisis y los golpes del destino, los que hacen aparecer el núcleo de un hombre y su alma. La mirada de Homero está plagada de emociones y estos poetas cristalizan visiones y encauzamientos de aquellos terrenos del espíritu que nunca acaban. Así vuelan los sueños homéricos que no se tocan del todo, que se miran de lejos en el roquerío de los siglos, pero que se guardan para siempre y que no se echan al mar del olvido.

SOME CLASSICAL BEAMS IN MODERN GREEK LITERATURE

Numerous modern Greek writers are noted for the presence of classical elements in their work, being conspicuous among them Kavafis and Kazantzakis. This presence, or should one better say, the Greek spirit's eternal trait of enlivening values and virtues of the classical world, is due mainly to their ability to transcend cultures and overcome the real mine field of crisis in the contemporary world. In Kazantzakis' case, his masterwork, which synthesises his worldview, is rooted in Homer. It begins from verse 477 of the 22nd rhapsody following the Odyssey's main character, Ulysses, on his arrival to Ithaca and on his new voyage. Hence, it would be possible to refer to it as a case of extreme intertextuality. As to Kavafis, the presence of classical elements in his poetry is abundant, and finds a more accurate expression in his most recurrent motifs, such as destiny, fatality, the hidden menace, and others to be noticed in characters and episodes pertaining to the Greek world, especially those belonging to the Hellenistic world.